

zon. Ricardo es misericordioso, cuando se le pasa el primer arrebato. ¿Nada tienes que decirme?

El infeliz Escoces apartó la vista del buen sir Tomas, y respondió: — Nada.

Y De Vaux que habia agotado todos los recursos de su elocuencia, salió de la tienda, cruzados los brazos, y casi avergonzado de mirar como cosa de tanto momento la muerte de un Escoces. Sin embargo, reflexionó que si los Escoceses eran sus enemigos naturales en Cumberlandia, debian mirarse como hermanos en Palestina.

CAPITULO II.

La noble y esclarecida Berenguela, hija de Sancho, rey de Navarra, y esposa del héroe Ricardo, era una de las mas hermosas y cumplidas damas de su siglo. Eran breves y no muy mórbidas sus formas, pero arregladas á lindas proporciones, y modeladas

con perfecta armonía. Distinguíase por su complexion de las damas españolas, pues su profusa cabellera rubia, y el porte juvenil de toda su persona representaban algunos años menos de los que realmente tenia, aunque es cierto que no pasaba de los veinti uno. Y este aparente atraso de la naturaleza correspondia al temple de su índole, pues sea por afectacion, sea porque en realidad la incitaban á ello sus inclinaciones, lo cierto es que en ella se notaba tanta desigualdad en las alternativas de su buen humor y de sus enojos, como prontitud y violencia en sus fantasías y caprichos: defectos que no parecian tales, sino mas bien amables prendas en quien tantos respetos merecia por su edad y por su elevacion. Mas no le bastaba ser respetada y servida; queria tambien ser admirada, y cuando hallaba quien le tributase este homenaje, debido mas bien á las dotes de la persona, y á las perfecciones del alma, que á la magestad del trono, nadie la igualaba en benignidad, llaneza y blandura, con cuyos medios ejercia

un imperio irresistible en los corazones, de que abusaba comunmente, como hacen todos los déspotas, cuando hallan esclavos en lugar de amigos. Algunas veces, cuando estaba completamente satisfecha esta ambicion, se le antojaba ponerse de pronto mala, ó se echaba en los almohadones de su estrado, quejándose de melancolía y abatimiento, y era de ver cuan afanados andaban entonces los médicos, inventando nombres y remedios para males imaginarios, y cuanto trabajaban las pobres damas de su corte en trazar juegos, pasatiempos y niñerías, para divertir y recrear á la paciente. El recurso mas eficaz de que en semejantes ocasiones echaban mano, era algun chasco pesado, de que alguna de ellas era víctima, y la reina que recobraba su alegría y su viveza si los efectos correspondian á la malignidad de la invencion, no se paraba en examinar si aquel deporte convenia á su clase, ó si la pena que de él resultaba á la infeliz que servia de juguete, podia servir de recreo á un corazon noble y generoso. Confiaba en el

favor de su marido, en su poderosa y encumbrada situacion, y en la aprobacion de las personas que la rodeaban, las cuales no hacian caso de la afliccion que padecia una inocente, con tal que la reina se hubiese divertido. En una palabra, sus solaces y festines eran como los retozos de la leona joven, que no sabe cuanto daño hacen sus garras, aun cuando solo las usa para jugar con sus compañeras.

Amaba Berenguela á su esposo con la passion mas vehemente; pero temia la prontitud de sus ímpetus, y su carácter altivo é indómito, y como sabia que los alcances intelectuales de Ricardo eran superiores á los suyos, le desplacia sobremanera que prefiriese á su conversacion la de Edit de Plantagenet; sin embargo de que Ricardo no tenia para ello otro motivo, sino encontrar un ingenio mas despejado, y mas elevacion de sentimientos y opiniones en su prima que en su esposa; por lo que aunque le divertia la conversacion de aquella doncella ilustre, no era de creer que padeciesen el

menor menoscabo sus afectos legítimos. Berenguela no aborrecia á Edit, ni le deseaba, ni hubiera querido en ningun caso irrogarle el menor perjuicio; porque no obstante algunos síntomas de egoismo que en su conducta se notaban, era buena, y de inocentes intenciones. Pero sus camareras y damas habian descubierto que nada restablecia tan eficazmente el espíritu lánguido y abatido de la reina, como alguna alusion maliciosa, alguna crítica amarga dirigida contra Edit, y desde que hallaron este específico, le aplicaban, con preferencia á otro cualquiera, cuando la ocasion lo requeria.

Ciertamente Berenguela no andaba muy generosa en esta disposicion poco amigable para con la parienta de Ricardo; la cual, segun se decia, era huérfana; y aunque usaba el nombre de Plantagenet, y otros la conocian con el de la linda doncella de Anjou; y aunque Ricardo la admitia á todas las prerogativas y fueros de las damas de su familia, y como tal aparecia en las ceremonias de palacio, nadie sabia ni se atrevia á

preguntar cuál era su parentesco con el rey ni quiénes eran, ni qué estados y feudos poseían sus padres. Eleonora, la célebre reina madre de Inglaterra, la trajo en su compañía, cuando se juntó en Mesina con Ricardo, y la presentó en la corte como una de las damas destinadas á acompañar á Berenguela, cuyas bodas estaban ya tratadas. Ricardo trató desde entonces á Edit con respetuosa cortesía, y Eleonora la tenía siempre á su lado, y la honraba con su confianza, á despecho de la envidia que suscitó su inesperada venida.

Las damas de Berenguela no tuvieron otra cosa que censurar en Edit al principio, sino tal cual desaliño en el tocado, tal cual mala elección en el color y adorno del vestido; materias en que ella misma confesaba ingenuamente su inferioridad. Por supuesto, no se les escapó el silencioso y reverente afecto del caballero del Leopardo; sus divisas, sus colores, sus libreas, los emblemas de sus armas en los torneos, y aun algunas veces sus tímidas miradas daban lugar á las

conjeturas y comentarios de aquellas astutas observadoras. Pero ocurrió después la romería de la reina Berenguela, y de todas las damas de su servidumbre á la capilla de Engaddi: jornada que la esposa de Ricardo había emprendido en cumplimiento de un voto por el restablecimiento del rey, y á la cual la había estimulado con obstinado empeño el arzobispo de Tiro, aparentando motivos de religion y piedad, pero movido en secreto por los fines de su política. Entonces fué, y en la capilla de aquel santo sitio, que comunicaba por su parte superior con un convento de monjas carmelitas, y por la interior con la cueva del anacoreta, cuando una de las camareras de Berenguela observó los dos pimpollos que se desprendieron de la mano de Edit, circunstancia de que dió cuenta inmediatamente á la princesa, considerándola como una prueba segura de la secreta inteligencia que con el caballero del Leopardo mantenía. La reina volvió de su piadosa excursión provista con aquel nuevo y admirable remedio para sus ataques

de melancolía y desabrimiento : á lo que se agregaba la preciosa adquisicion de los grotescos enanos , que habian pertenecido á la reina destronada de Jerusalem ; tan contrahechos , tan ridículos y tan bufones , que podian pasar por las mas excelentes de cuantas alhajas de aquella especie adornaban á la sazón las cortes de Europa. Uno de los primeros usos que la reina habia hecho de estas dos desventuradas criaturas , fué su aparicion nocturna en la capilla , ante los ojos del caballero escoces , con lo que su festiva imaginacion se habia propuesto asustar á un guerrero intrépido , haciéndole creer que Luzbel le enviaba dos ministros de su corte infernal : mas la chanza no tuvo efecto como ya lo hemos visto. Despues habia aventurado otra prueba , cuyas consecuencias parecian mas graves y terribles.

Despues que sir Kenneth se hubo retirado del pabellon de la reina , adonde Nectabano le habia introducido , se volvieron á juntar las damas , como era de esperarse que lo hiciesen despues de un lance tan inesperado.

La reina al principio no hizo mucho caso de las quejas y lamentaciones de Edit , y se contentó con hacer algunas alusiones á su gazmoñería y aparente severidad ; mas al fin dando rienda suelta á su humor , ridiculizó en tales términos el equipo , la nacion , y sobre todo la pobreza del caballero del Leopardo , que la pobre lady Edit , como el guerrero inexperto que no sabe como parar los golpes de un enemigo ágil y poderoso , abandonó el campo de batalla , y se retiró , llena de amargura y despecho á su aposento. Pero cuando , la mañana siguiente , Edit supo por una camarera á quien habia encargado la averiguacion de lo ocurrido aquella noche , que el estandarte de Inglaterra habia desaparecido , y que la centinela estaba encadenada se precipitó en la cámara de la reina , y con la mayor vehemencia le suplicó pasase inmediatamente á la tienda de Ricardo , y emplease cuantos medios estuviesen á su alcance , para evitar las funestas consecuencias que podia acarrear su capricho.

La reina , llena de sobresalto , echó la culpa

de su propio desacuerdo á las damas de su servidumbre, que es lo que solia hacer siempre que sus chanzas acarreaban disgustos y compromisos, y procuró tranquilizar á Edit, y disipar sus justos temores, con los mas frívolos y pueriles efugios. Dijo que era imposible que tan ligero accidente tuviese los resultados que se recelaban, que el caballero estaria quizas durmiendo, despues de haber velado toda la noche; que aun dado caso que el pendon se hubiese perdido, todo se reducía á un pedazo de terciopelo bordado; que sir Kenneth era un guerrero oscuro, y por lo tanto no merecia que se diese gran importancia á su negligencia; en fin, que si en realidad estaba preso, seria por poco tiempo, y recobraría su libertad, cuando pasase el primer impulso del enojo de Ricardo.

Otras muchas cosas dijo, á cual mas inoportunas y triviales, con el objeto de persuadirse ella misma, y hacer creer á Edit, que su locura, de que tanto se arrepentía á la sazón, no podia en ningun caso dar ori-

gen á sucesos graves y de consecuencia. Mientras Edit procuraba en vano detener aquel torrente de palabras inútiles, entró en la pieza una de las damas de la servidumbre, en cuyas miradas se leían la afliccion y el terror. Con solo verla, Edit penetró todo cuanto ocurría, y hubieran desfallecido sus fuerzas, si no la hubiesen sostenido la misma urgencia de las circunstancias, y la elevacion y firmeza de su carácter.

— Señora, dijo la dama recién venida, no perdais un tiempo preciosísimo. Salvadle la vida si podeis... si podeis, repitió oprimida por la angustia.

— Aun es tiempo, dijo lady Calista. El reo ha sido conducido á la presencia del rey, todavía no ha salido de la tienda; pero no tardará y Dios sabe... Al decir estas palabras, lady Calista, cuya conciencia le reconocia por la parte que habia tenido en el suceso, se abandonó al mas congojoso dolor.

— Ofrezco un candelero de oro al santo sepulcro, dijo la reina.

— Mas vale moverse que ofrecer, dijo lady Edit, y mas hacen diligencias que votos.

— Lady Edit tiene razon, dijo Calista. Vamos, señora. ¿En qué se detiene vuestra magestad? Vamos á la tienda de Ricardo, y no salgamos de ella sin haber salvado al caballero.

— Vamos, vamos, dijo Berenguela, trémula como la hoja del árbol. Levantóse con precipitacion, y ninguna de sus damas se hallaba en estado de presentarle la ropa, como lo hacian ordinariamente, y como su empleo exigia. Todas lloraban al mismo tiempo, y se movian en diferentes direcciones sin objeto. Solo Edit estaba inmóvil, aunque pálida como un espectro. Su dolor era profundo, pero dominado por la razon. Ella fué la que ayudó á la reina, supliendo la falta de las damas de la servidumbre.

— Bien me servis, señoras, dijo la reina, que ni aun en aquellas apuradas circunstancias podia olvidar las pequeñeces de la ceremonia. ¿Posible es que dejeis hacer estas

cosas á lady Edit? Edit, ya verás como no estoy pronta á tiempo. Mas vale enviar por el arzobispo de Tiro, él entiende mejor de estas cosas.

— No señora, de ningun modo, dijo lady Edit. Vos debeis ir en persona. Pues habeis hecho el mal, emplead todos vuestros esfuerzos en repararle.

— Vamos, pues, vamos, dijo la reina; pero si Ricardo está de mal humor, yo no desplego mis labios. Capaz es de matarme en un arrebato.

— No haya miedo, señora, dijo lady Calista, que conocia mejor que ninguna otra el temple de la reina. No hay leon en los desiertos que pueda mirar sin amansarse ese rostro y esas facciones. El rey es un amante tierno, un caballero leal y fiel, y una palabra de vuestra magestad basta para desarmar su cólera.

— ¿Crees tú eso, Calista? dijo la reina. ¡Ah si supieras cuanto te engañas! mas no importa... estoy resuelta. Vamos, pero ¿he de presentarme delante de Ricardo con este

trage verde que es un color que no puede ver delante de los ojos? Mejor será ponerme un manto azul... no... aquel manto de grana que vino en el rescate del rey de Chipre. Buscadle: en aquella caja de acero ha de estar.

— Señora, dijo Edit con indignacion, pensando estais en trages y mantos, y peligra la vida de un hombre. No hay paciencia humana que tanto sobrelleve. Qedaos en buen hora. Yo iré á ver al rey Ricardo: yo soy parte interesada.... veremos si el honor de una prima del rey de Inglaterra ha de ser indignamente violentado, y si es lícito abusar de su nombre para poner bajo la fatal cuchilla el cuello de un hombre de bien, y convertir la gloria de la nacion inglesa en hazmereir ejército de la cruzada.

Berenguela, tan atónita como turbada, oyó estas expresiones de Edit, y conoció cuan amargas podian ser las consecuencias que semejante resolucion podia acarrearle. Edit se aproximaba ya á la puerta, y parecia resuelta á poner en ejecucion su amenaza; la

reina dijo con voz desfalleciente á las otras damas: — Detenedla, detenedla.

— En verdad que no debeis dar este paso, lady Edit, dijo Calista, deteniéndola suavemente por el brazo, y vos, señora, no deis lugar con vuestra irresolucion á que lleguen las cosas al último extremo. Si lady Edit se presenta sola al rey ¿quién podrá contraestarse su enojo? ¿quién se pondrá al abrigo de su furia?

— Voy sin mas demora, dijo la reina, cediendo á la necesidad: y lady Edit se detuvo, aunque con repugnancia, aguardando que se pusiese en movimiento.

La reina se envolvió en un gran manto que ocultaba la negligencia de su ropage. Edit y las otras damas iban á su lado; precedíanla y seguíanla algunas gentes de armas y albarderos. Con esta comitiva se dirigió á pasos precipitados hácia la tienda de Corazon de Leon.